

---

## Capítulo L<sup>o</sup> XXIX.

El árbol caído.

Aquella misma noche quiso Colon celebrar una entrevista con Ovando, y despues de levantarse de la mesa, le acompañó á su habitacion y allí le rogó que le escuchase.

Despues de referirle todo lo que le habia pasado en su expedicion, y particularmente desde que se habia visto obligado á permanecer en la costa de la Jamáica por no poder servirse de los buques, le dió cuenta, como á la autoridad más inmediata, de los desmanes que contra él habian cometido los dos hermanos Porras, y le anunció que aunque habia perdonado á sus secuaces, habian sido, sin embargo, tan grandes los excesos que habian cometido los instigadores de la rebellion, que los tenia aprisionados á bordo; queria en-

tregárselos para que los juzgase, si tenia jurisdiccion sobre ellos, ó que los enviase á España para que tribunales superiores decretasen el castigo que habian de recibir.

Por esta declaracion supo Ovando que la mayor parte de los que habia llevado á bordo Colon pertenecian á los rebeldes, y vió en ellos un gran elemento para intentar alguna nueva intriga contra su huésped.

Pidió nuevos detalles á Colon acerca de los medios que habia empleado Mendez para salvarle; le aseguró que la conducta de éste y de Fiesco, cuando habian llegado á Santo Domingo en calidad de emisarios suyos, le habia hecho creer que no eran más que intrigantes, que lo que deseaban era apoderarse de algun buque de los que tenia á su disposicion para emprender nuevos descubrimientos, y aunque procuró estar expansivo y cariñoso con Colon, y el almirante con él, sin embargo, cualquier observador hubiera notado que aquellos dos hombres se hablaban así por pura cortesía, y que mediaba entre los dos un gran abismo.

Colon era bastante generoso para perdonar con toda su alma á aquel miserable; pero no sucedia lo mismo á Ovando.

Este veia desbaratados todos sus planes.

Tenia que renunciar á sus soñadas ambiciones: no habia logrado realizar los designios de los enemigos de Colon, y todo esto, unido al ódio que le profesaban los colonos, le auguraba una próxima y ruidosa caida.

Pretextando gran solicitud en servir al almiran-

te, le pidió una orden para enviar un oficial á la carabela que estaba anclada en el puerto para recoger á los prisioneros.

Dióselo en el acto el almirante, y dejándole con su hermano, su hijo y Diego Mendez, fué él mismo al buque en busca de los revoltosos.

Su ánimo era indagar lo que habia ocurrido á la llegada de Mendez á la costa de la Jamáica.

Francisco Porras, que reconoció al gobernador, le dijo todo lo que habia pasado, y le aseguró que si él y su hermano habian arrastrado á los demás compañeros á una rebelion, no habian tenido más objeto que el deshacerse para siempre del almirante, y haberse presentado en Santo Domingo á ofrecerle, como una muestra de gratitud, todo el oro que habian adquirido en la última expedicion.

Por ellos supo Ovando, con verdadera indignacion, la traicion de Sagredo, y vió perdidas sus esperanzas por completo al saber que los españoles adictos á Colon avanzaban á la Península, y llegarían con las nuevas del descubrimiento y de las últimas medidas tomadas por el almirante antes de que pudiese ponerse de acuerdo con el Consejo de Indias para contrarestar los planes de Colon.

De todos modos, convenia al papel que desempeñaba mostrarse á los ojos de todo el mundo como severo juez, y ofreciendo toda su proteccion á los prisioneros, los trasladó á un calabozo de la ciudad, anunciando que al dia siguiente los visitaria para ver si podian ser castigados, ó tendria que formarles pro-

ceso y remitirlos á la deliberacion de los tribunales de la costa.

Nombró él mismo los jueces, intervino en el fallo, y dos dias despues, aun cuando se mostraba sumamente afectuoso con Colon, resolvió el tribunal que no podia juzgar á los hermanos Francisco y Diego Porras en la colonia de Santo Domingo; que deberian ser enviados á España, y que, por lo tanto, mientras llegaba la ocasion para ellos de embarcarse, podian vivir en libertad.

Cumplióse el veredicto y él mismo fué á notificar á Colon el acuerdo de los jueces.

A partir de aquel momento, las relaciones entre Ovando y Colon fueron en la apariencia, y en apariencia, afectuosas y cordiales.

Pero á ninguno de los dos se ocultaba que era el otro su mortal enemigo.

Ovando colmó de beneficios, para indemnizarles los trabajos que habian pasado, á los rebeldes que habia llevado Colon á bordo del buque.

Ofendido el almirante, se quejó cortésmente al gobernador y quiso oponerse á muchas de las medidas que este tomaba.

Pero Ovando, con simulado respeto, con irónica amabilidad, decia á Colon:

—No es justo que estando vos aquí sea yo quien mande. Pero, sin embargo, soy el gobernador de la isla, y por más que lo sienta, no puedo reconocer oficialmente en vos más que un antecesor á quien los reyes han relevado de un cargo, por más que privada-

mente reconozca y acate vuestros justos y altos merecimientos y la aureola de gloria que ciñe vuestra frente.

—Cumplid con vuestro deber,—dijo Colon;—yo sé lo que me toca hacer. Por de pronto, permitidme que reclame el mando absoluto y la jurisdiccion civil y criminal que me han dado los soberanos sobre todas las personas que salieron conmigo de España hasta mi regreso con ellas. Ved las instrucciones que recibo de los reyes, y os convencereis de que es justa mi reclamacion.

—No lo pongo en duda,—contestó Ovando.—Pero las instrucciones de los monarcas no os dan autoridad dentro de los límites de un gobierno. Además, vos me habeis entregado los prisioneros, y no creo que al obrar de ese modo habeis buscado en mí un ejecutor de la justicia, un verdugo. Quiero, sin embargo,—añadió el gobernador,—demostraros cuánto os estimo, y en breve saldrán de la isla con direccion á España los dos jefes de la rebellion, para que allí los juzguen.

Esta era una satisfacion á medias.

Colon comprendió que no podria sacar más partido de su angustiada situacion, y puso tregua á aquellas diferencias que surgian entre Ovando y él, para aguardar en la isla la realizacion de su única esperanza.

Esta esperanza era la de que los reyes, en vista de la crecida cantidad de oro que les habia enviado por conducto de Sagredo, le restableciesen en el mando

de la isla de Santo Domingo, lo que no dudaba que sucederia, porque á la justicia se uniria la influencia de su hijo Diego, el cariño que le profesaba la reina, y la proteccion que de seguro le dispensaria don Fernando de Toledo y su hermano el duque Alba, favorito del rey.

¡Cuán amargas impresiones recibió el almirante al visitar aquel país fértil y dichoso en otro tiempo, y entonces devastado y oprimido!

Todas las ilusiones que habia conservado, se habian desvanecido por completo.

La mayor parte de las poblaciones de aquellos cinco poderosas tribus habian abandonado el país para refugiarse en las islas más próximas, adonde todavía no habian llegado los españoles.

Otros habian pedido hospitalidad á los caribes.

Los pocos que quedaban vivian como esclavos.

Sus chozas estaban destruidas.

Aunque Colon se habia propuesto no intervenir para nada en los negocios de la colonia, no podia ménos de aventurar algunas observaciones.

Todas eran rechazadas por el gobernador, y viendo lo inútil de sus esfuerzos, resolvió aguardar la hora de la justicia para borrar el mal y trocarle en el bien que siempre habia deseado.

Aun cuando renunciase á defender los intereses de los colonos y de los indígenas, tenia derecho de abogar por los suyos y pedir cuentas al gobernador, que, como ya hemos dicho, se habia apropiado sus bienes en nombre del gobierno.

También fueron estériles sus tentativas.

Sus cuentas estaban embrolladas, y á no haber sido por la prevision de Sagredo, hubiera perdido todo lo que habia conquistado tan penosamente.

No le convenia, sin embargo, descubrir el secreto que le habia revelado su antiguo y fiel mayordomo, y esperó con paciencia á que llegase su rehabilitacion para hacerse justicia á sí propio.

Pero en vez de las noticias que aguardaba de España, sólo recibió una carta de su hijo Diego, en la que le decia:

«La reina está enferma. Los médicos han dispuesto que no se ocupe de los negocios. El rey está dominado por vuestros enemigos.

»Venid, venid cuanto antes; sólo vos podreis conseguir la reparacion que anhelaís.»

Esta carta, y la situacion difícil y enojosa del almirante respecto al gobernador de la isla, le decidieron á partir para España.

Inmediatamente dispuso que se equipase y que se proveyera á sus expensas el buque en que habian llegado hasta la costa de la Jamáica, y dió el mando de él á su hermano Bartolomé.

En el mismo buque en que partió Colón iba con pliegos de Ovando para el obispo Fonseca un jóven que debia regresar en la misma carabela despues de dejar en España al almirante y á las personas que le acompañaban.

El jóven habia aceptado aquella mision, porque un secreto afecto le impulsaba á seguir al gran ma-

rino, á admirarle de cerca, á respirar en aquella esfera de gloria que circundaba su majestuosa figura.

Mis lectores han debido reconocerle: era Hernán Cortés.

A poco de salir del puerto, una violenta ráfaga de aire desarboló su nave.

Pasó con los suyos á la carabela que mandaba el adelantado, y encargó á Hernán Cortés, cuya mision secreta ignoraba, que volviese á Santo Domingo con la nave inservible.

—Concededme una gracia,—dijo á Colón el jóven:—la de acompañaros, la de regresar con vos á Santo Domingo cuando volvais con todos los honores que mereceis.

—¡Dios sabe si eso sucederá!

—Mi corazón me dice que sí.

—Pues bien, venid conmigo.

Desde aquel instante se estableció una secreta simpatía entre el anciano y el mozo.

Despues de enviar la carabela desarbolada, tomó el derrotero de España.

Durante la travesía le afligió la gota más que nunca. Aquel viaje fué uno de los más desastrosos.

Una tormenta rompió el palo mayor por cuatro partes.

Aunque repararon la avería los marineros, pocos dias despues otra tempestad les hizo perder el mástil de proa.

Esto, unido á su enfermedad, le puso de nuevo al borde de la muerte.

Al fin, el día 7 de Noviembre ancló su pobre y triste nave en el puerto de Sanlúcar.

De allí se trasladó Colon á Sevilla, y el mismo día en que llegó cayó enfermo de tal manera, que inspiró los más serios cuidados á los que estaban á su lado.

En cuanto al jóven que le acompañaba, apenas llegó á España, conociendo Soria que el almirante le habria dominado con el prestigio de la edad, del saber, de la gloria, procuró alejarle de su lado.

Una noticia que comunicó á Hernan Cortés de la mayor gravedad, le incitó á partir inmediatamente par a Extremadura.

Algun día, cuando bosquejemos la gran figura del inmortal conquistador de Méjico, sabremos lo que hicieron para apartarle de Colon.

Volvamos ahora á acompañar al almirante.

---

## Capitulo XC.

---

### Reaccion.

Se habia hablado tanto en España de las desgracias de Colon, que al llegar á Sevilla despertó esa curiosidad, ese interés, ese entusiasmo que inspiran siempre los grandes hombres cuando despues de haber sido los ídolos del pueblo, caen en la desgracia, y en medio de sus amarguras vuelven los ojos á los que levantaron el pedestal de su fortuna.

En todas partes se hablaba del regreso de Cristóbal Colon, cuyos sufrimientos en la costa de la Jamáica habian divulgado los que en la embarcacion de Sagredo habian llegado antes que él.

Como hoy sucede en las aldeas y en las ciudades cuando regresan los soldados de una guerra, que en